

acontecimiento en la villa con variedad de fiestas y públicos regocijos.

Terminada la jura y proclamacion de D. Fernando en Valladolid determinó Doña Berenguela encaminarse á Segovia, pasando antes por la villa de Madrid, pues era costumbre repetir aquella ceremonia como para dar á conocer al nuevo Soberano en algunas otras ciudades del reino: y en lo que mas tarde habia de ser corte de las Españas tuvo lugar con tal motivo un acontecimiento que la tradicion ha conservado constantemente, y que puso en grave riesgo la libertad y el feliz éxito del buen propósito que llevó á cabo Doña Berenguela en Valladolid, rasgo de abnegacion de que solo es capaz el alma de una mujer y el corazon de una madre.

Habianse alojado los Reyes en la Casa Quinta que poseian próxima al Monasterio de San Martin, cuando sabedores los Laras, que no perdonaban la completa pérdida de su influencia, de que los Reyes no contaban con fuerzas bastantes para defenderse, resolvieron cercarlos y hacerse dueños de sus personas como indudablemente lo hubieran conseguido á no acudir en su ayuda y socorro la Congregacion de San Martin y los feligreses del Monasterio. Sacando estos sus armas y tocando á rebato las campanas, alarmaron á los vecinos del inmediato arrabal, y al Consejo de la villa, y todos juntos rechazaron al enemigo. En la refriega perecieron algunos valerosos madrileños; y para honrar su memoria, y perpetuar la de tan notable hazaña, púsose una cruz en el llamado Postigo de San Martin ¹.

Y no era sola la oposicion de los Laras la que tuvo que vencer Doña Berenguela. Conocedor de todo el Rey de Leon, pretendió para sí el gobierno de Castilla como marido de Doña Berenguela, pretension que quiso apoyar con las armas enviando delante con un cuerpo de ejército á su hermano D. Sancho para que invadiese las fronteras, apareciendo á poco tiempo el mismo Rey con otro ejército por tierra de Campos talando cuanto encontraba al paso.

¹ A dicho sitio se dirigian todos los años en procesion los hermanos de la Sacramental, y al pié de la misma Cruz se cantaba un responso por las almas de los que habian muerto en defensa de sus Reyes y de su bandera (Historia de la villa y corte de Madrid por Amador de los Rios y el autor de esta obra.)

Doña Berenguela que veia á un tiempo acometidos los legítimos derechos de su hijo por los ejércitos de su esposo y por la bandera de los de Lara, quiso ante todo evitar la guerra, y envió para ello á los Obispos de Búrgos y de Ávila cerca del Monarca leonés; pero creyendo éste flaqueza lo que era bondad en la muger y respeto en el hijo, cobró nuevos ánimos y avivando la esperanza que le daba el Conde D. Alvaro, intentó apoderarse de Búrgos, ciudad real y cabeza de Castilla.

No habia sido en Doña Berenguela á la verdad efecto de temor la embajada que envió al Rey de Leon, sino prudencia y amor á sus pueblos; pero no vivia confiada en el éxito de su prudente tentativa teniendo dispuesta gente de guerra, que gobernada por D. Lope de Haro y otros caballeros, obligaron á los leoneses á volver no solo sin conseguir su intento mas con el poco crédito de retirarse vencidos.

Matrona de grande inteligencia comprendió que la retirada de los leoneses habia de influir poderosamente en el inquieto espíritu del de Lara; y aprovechando aquellos oportunos momentos pidió á D. Alvaro le diese el cuerpo del Rey D. Enrique y concediese treguas en cuanto fuese necesario para el piadoso fin de conducirlo á Búrgos. Tan acertado fué el pensamiento de la Reina, que D. Alvaro encontrando en aquella ocasion medio de rehabilitar en algun modo su conducta, cedió á la petition de la Reina trasladándose el cádaver á Búrgos donde recibió digna sepultura en el Monasterio de las Huelgas.

Entre tanto Doña Berenguela comprendió que en tiempo de tantas revueltas era indispensable la union estrecha del reino con su Rey, y convocando Córtes en Búrgos, obtuvo de todos sus Capitulares no solo la aprobacion de sus actos y la oferta del mas decidido apoyo, sino que concluida la Asamblea formaron parte del ejército de la Reina, continuando en él hasta la toma de Lerma y Lara, que se sostenian en favor de D. Alvaro.

Poco firme éste en sus propósitos, é inquieto y turbulento por carácter, habia roto de nuevo las hostilidades, talando y destruyendo los pueblos que seguian la causa de la justicia.

Doña Berenguela, animosa siempre, dirigióse á Palencia, y no queriendo causar daños al país en aquella forzada contienda, dividió su ejército, para que su marcha por los pueblos fuese menos gravosa.

Noticioso de este prudente acuerdo el de Lara, dividió también las fuerzas que le ayudaban en dos cuerpos, encerrando la mayor parte en Herrerueta, y saliendo en persona con dos mil hombres al valle de Gragera, con ánimo de observar los movimientos del ejército leal. Pero, como acertadamente escribe un historiador ya citado¹, engañóle su soberbia, creyéndose muy seguro de los suyos, sin ver en su ceguedad que siempre hace mal quien se fia en malos. Sabía él los movimientos del Rey, pero no conoció que el Rey sabría con más puntualidad los suyos, y cuando pensaba tener al joven monarca y á Doña Berenguela en sus manos dió en las de Alfonso y Suero Tellez, que con decididas fuerzas les salieron al encuentro. En vano fué la resistencia, ni que los soldados que habia dejado en la Herrerueta quisieran acudir en su ayuda. Interpuestas entre ellas y las fuerzas que salieron con D. Alvaro las huestes del Rey, hicieron imposible todo esfuerzo en sus contrarios, y el ambicioso magnate apesár de toda su astucia², quedó prisionero con los dos mil hombres que le acompañaban.

Conducido á la presencia de los monarcas, lejos de inspirar á Doña Berenguela pensamientos no ya de venganza pero ni aun de castigo, *recibióle con gozo y lágrimas de consuelo, y alabando á Dios que habia pacificado el Reino, se retiró del bullicio con que se suelen celebrar estos lances, y gastó mucho tiempo en dar gracias á Dios de cuya misericordia habia recibido tan gran beneficio*³. Ejemplo generoso y grande que demuestra las altas prendas de aquella ilustre Princesa, y como sabia comprender que, si en algunas ocasiones tienen necesidad los

¹ Rodríguez.

² Refiérese que al verse perdido D. Alvaro, dejó el caballo que no le podia ser útil para la imposible fuga, y tendido en el suelo como un soldado particular, se cubrió con la rodela para no ser visto.

³ El Arzobispo D. Rodrigo.

que dirigen el Estado, de reprimir á los ambiciosos, que buscan más el medro personal que el bien de sus conciudadanos, deben, obtenida la victoria, pensar únicamente en el beneficio que con ella obtiene el pueblo, y no en la mezquina satisfacción de rencores siempre pequeños.

Satisfecha Doña Berenguela con haber pacificado el Reino, y pareciéndole indigna la justicia que se ensangrienta con un rendido, limitóse á enviar preso á D. Alvaro á Valladolid, clemencia que desgraciadamente juzgó debilidad el altanero Conde, pretendiendo tratar una paz ventajosa, cuando se hallaba completamente sin vislumbre de esperanza. En tal situación, y á pesar de que el triunfo conseguido colocaba al joven monarca en posición de poder dictar las condiciones que quisiera, siguiendo como siempre los consejos de su prudente madre, que á la verdad fué la que con un talento superior encaminó constantemente á los mejores fines la voluntad de D. Fernando, no vaciló éste en entrar en tratos con el vencido, que comprendiendo al fin en toda su realidad la situación en que se encontraba, cedió por último, conviniendo en entregar á D. Fernando las fortalezas y villas que le tenían usurpadas y que sus hermanos diesen también las que guardaban, para lo cual debia concurrir D. Alvaro con cien soldados, caso de que se resistiese D. Fernando de Lara, como lo procuró hacer fiado en lo bien provisto de gente, armas y municiones que tenia las villas de Castro, Jerez y Orejon. Tuvo necesidad de acudir el Rey con su ejército, y viendo D. Fernando que no podia fiar en el esfuerzo de sus parciales, consternados con el vencimiento de D. Alvaro, imploró al fin la clemencia del Monarca, que le concedió también su generoso perdón.

De este modo, usando la piedad en lugar de rigurosa justicia, conquistaba Doña Berenguela paz para sus pueblos y poder para su hijo, que reconocido por legítimo Rey, pudo dilatar su tranquila mirada por un porvenir de ventura y de gloria.

Pero ¿cuándo han sido fieles á su promesa los ambiciosos? Abusando de la generosidad del Rey, la incorregible familia de los Laras

volvió á turbar la paz, mientras Alfonso IX no aleccionado por la edad ni por la esperiencia, movió tambien sus huestes contra su hijo, unido á aquellos inquietos magnates, que creyeron medrar á la sombra del monarca leonés. Repugnábale á D. Fernando sostener una guerra contra su padre: repugnaba mas todavía á la prudente Doña Berenguela; y no pudiendo dejar de acudir á la defensa de sus legítimos derechos, antes de romper las hostilidades, determinaron madre é hijo enviar un mensaje á D. Alfonso, para que lejos de gastar en civiles contiendas el valor y los tesoros de unos y otros, tornasen unidos y de comun acuerdo las armas contra los infieles.

Por fortuna para Leon y Castilla la propuesta fué aceptada. Ajustáronse al fin las paces, y el ambicioso D. Alvaro, que ya no veía medio de ejercer su temida influencia, se apesadumbró tanto con aquel concierto, que de sus resultas enfermó, y el dolor de su vencimiento le ocasionó la muerte.

El que por tantos y tan malos caminos habia buscado siempre la prosperidad y la riqueza, despues de consumir todos sus bienes y los de sus parciales en sostener una guerra tan injusta como insensata, murió pobre y sin dejar con que satisfacer los gastos de su entierro; necesidad á la que acudió como siempre Doña Berenguela, no solo pagándolos de su peculio, sino enviando además una riquísima tela de brocado para envolver el cadáver del que fué siempre su mas irconciliable enemigo. D. Fernando de Lara mas despechado que rendido con tanta generosidad, pasóse al Africa, donde puso su espada al servicio del Emperador de los Almohades, muriendo en tierra de infieles léjos de su patria; y libre el Rey de Leon de las instigaciones de aquellos ambiciosos próceres, ratificó leal y francamente la reconciliacion con su hijo, adunándose en estrecha union para proseguir la guerra contra los mahometanos¹. Encontróse con tal acuerdo el tercer Fernando en tranquila y completa posesion del reino, guiándolo y dirigiéndolo en todo su prudente madre.

¹ Tratado de paz copiado por Risco en la España sagrada 136.

Conociendo esta discreta Señora cuan espuesta á disturbios y guerras en un Estado es la falta de sucesion en sus Príncipes y, queriendo por otra parte evitar á su hijo los estravios á que pudiera arrastrarle su juventud, procuró enlazarle con una esposa digna. Su misma desgracia le habia enseñado, cuan espuestos á ser disueltos por los Pontífices, eran los matrimonios entre Príncipes y Princesas de las casas reinantes en España, porque entre ellas podian descubrirse en mas ó menos proximidad grados de parentesco, y para evitar la triste separacion que ella habia sufrido, buscó en otras naciones la digna compañera del futuro conquistador de Sevilla. La hermosura, talento y virtudes de la Princesa Beatriz, hija de Felipe de Suevia y prima hermana del Emperador Federico II, fijaron la eleccion de Doña Berenguela; y obtenido el beneplácito de la escogida y de su padre, y ajustadas las capitulaciones matrimoniales, el Obispo Don Mauricio de Búrgos con otros varios Prelados, recibieron la mision de acompañar la Princesa alemana hasta Castilla.

Doña Berenguela salió á recibirla á Vitoria con gran séquito de Prelados y caballeros, y al llegar cerca de Búrgos, presentóse el jóven Monarca, con no menos brillante cortejo.

Apenas transcurridos dos dias, solemne ceremonia se celebraba en la iglesia del Real Monasterio de las Huelgas. El obispo D. Mauricio bendecia solemnemente las armas con que el Rey D. Fernando iba á recibir la honrosa dignidad de caballero, ceremonia en la cual Doña Berenguela le ciñó la espada con el doble carácter de Reyna y de madre.

Tres dias mas tarde recibian el castellano monarca y la Princesa Beatriz la bendicion nupcial del mismo Obispo D. Mauricio, y preparábase Doña Berenguela á retirarse completamente del bullicio del mundo despues de haber renunciado una corona y de haber asegurado la ventura de su hijo y de su pueblo. No habia tenido poca parte en la tranquilidad que este gozaba, y en el espontáneo amor con que por donde quiera se veia aclamado D. Fernando, la generosa accion con que la noble matrona aconsejó al Monarca coronase sus triunfos. Pu-